

NOE CASADO



**YA
NO CREO
EN TUS
PROMESAS**

*Ya no creo
en tus promesas*

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-84-08-26913-7
Depósito legal: B. 1428-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

En la actualidad

Despacho del bufete de abogados Bécquer & Castellanos, España

11.30 horas

SIENA

Mi abogado, un tipo amable pero frío, habla sin parar por el móvil, pues sé lo solicitado que está, mientras esperamos en su despacho del bufete a que aparezca mi aún marido con su representante legal.

¿Estoy nerviosa? Pues sí, no soy capaz de controlarme, ya que llevo esperando un año (de hecho algo más) a que llegue este momento. Y es que Finley, de apellidos *Escurridizo* y *Taimado*, lleva esquivando este encuentro con artimañas y excusas.

Y todo después de haberse comportado como un cabrón, pues en vez de dar la cara se ha dedicado a acosarme, a acojonarme; no obstante, he logrado llegar hasta aquí, aunque no ha resultado sencillo. Han sido muchas noches en vela preguntándome hasta dónde sería capaz de llegar Finley para salirse con la suya.

Y lo más triste: sintiéndome incluso culpable por no haber visto antes su verdadera forma de ser.

Por fin ha accedido a reunirse conmigo. En breve veré qué pretende realmente, pues dudo mucho que acepte un acuerdo de divorcio sin más. Y no serán razones económicas las que nos enfren-

ten. Para Finley es una cuestión de orgullo más que otra cosa. Para mí, supervivencia.

Yo quiero poner fin a nuestro matrimonio, algo que deseo como ninguna otra cosa, pues, tras descubrir quién era en realidad, no fui capaz de seguir ni un minuto más junto a él. Me sentí, aparte de engañada, cómplice de sus chanchullos. Hice las maletas y volví a España, dejando atrás una vida de lujos y mentiras para acabar en una buhardilla de alquiler de apenas cuarenta metros cuadrados, sin ascensor y casi sin luz.

Y es que viví nueve años dentro de una bonita película en la que yo era la protagonista, pero sin voz ni voto. Disponía de tarjetas de crédito con límites indecentes, un ático en la mejor zona de Manhattan, servicio doméstico, chófer y cuantos caprichos imaginéis con tal de que siguiera el guion.... que escribía Finley; bueno, siempre y cuando esa sea su auténtica identidad porque, entre las muchas mentiras y omisiones de la verdad, puede estar su nombre real.

Yo, una recién licenciada en Relaciones Internacionales, con veinticuatro ingenuos años acabados de cumplir, me casé hace diez con un tal Finley Tremair, de nacionalidad canadiense aunque afincado en Estados Unidos. El hombre perfecto (atención: *spoiler*, el hombre perfecto no existe; esto lo descubrí tiempo después, pero os lo digo para ahorraros el disgusto) que toda buena novelita romántica nos vende. Ni una sola objeción le puse porque representaba ese estúpido y repetido ideal que a priori engancha (como la droga).

Ahí va un resumen de lo que me cegó por completo y me mantuvo años engañada y que, de no ser por una casualidad, seguramente aún no habría descubierto.

Primero (topicazo): de profesión empresario de éxito (obviamente porque, si fuera un fracasado, desmontaría el topicazo). Finley tiene una empresa de importación y exportación de artículos de lujo, aunque, si bien es rentable, no es sino una tapadera de su verdadera actividad.

Segundo (topicazo también): su aspecto, en una palabra, impecable. Mi marido es guapo y se cuida. Gasta dinero en su vestuario y apariencia. No escatima recursos. Él lo sabe y por eso nunca ha

dudado en recurrir a sus encantos para engatusar a quien quiera, incluso a otros hombres.

Tercero: su edad. Tiene diez años más que yo y no sé por qué (si hay alguna psicóloga cerca que me lo explique) esta diferencia de edad nos resulta tan atractiva. ¿Será que valoramos la experiencia? ¿Será que somos gilipollas?

Cuarto (topicazo): es generoso. Sí, ya me entendéis, el típico tío que al poco de conocerte gasta dinero en ti sin mirar. Pero, como todo en esta vida, existe una contrapartida. No lo hace de manera altruista, es siempre una inversión.

Finley era el prototipo, y lo sigue siendo pese a haber cumplido los cuarenta y tres, de hombre que apabulla no solo por su apariencia física, sino también por sus exquisitos modales y su capacidad para empatizar y cautivar a cualquiera.

Quinto (esta la estabais esperando, ¿a que sí?): sus artes amatorias. Pues sí, folla como nadie. (Doy por hecho que la práctica hace al maestro.) Pero, atención, aquí hay truco porque, claro, yo lo conocí con veintitrés y como es lógico a esa edad una no ha tenido tiempo de experimentar toda la oferta sexual disponible (a quien lo haya conseguido, enhorabuena; mi carrera universitaria exigía muchas horas), así que llegó un treintañero cañón y, ¡zas!, me llevó al huerto (hotel de cinco estrellas), me folló sin contemplaciones y yo caí en la trampa.

Sexto: los dineros. Esta no falla. ¿Cómo nos va a impresionar un cajero de supermercado con salario mínimo y un uniforme cuestionable? Pues por desgracia somos así de petardas. Ciertamente, hay ricos insufribles y pastosos; sin embargo, Finley es de esos que, si bien no se priva de nada, no hace ostentación de su cuenta corriente. Y como se suele decir: qué fácil es acostumbrarse a lo bueno.

La primera vez que puse un pie en su apartamento de Manhattan (bueno, él lo llama *apartamento*, yo diría más bien pisazo) me quedé ojiplática por el lujo y porque me saludó un mayordomo. ¡Y yo que pensaba que eso solo existía en las series de televisión!

Así que no es de extrañar que una estudiante veineñera, con su licenciatura en Relaciones Internacionales recién adquirida, se quedase prendada de un tipo diez años mayor que ella y que aceptara de buen grado el mundo que le ofrecía; ahora bien, ese mundo tan colorido, atractivo y especialmente lujoso conllevaba ponerse

una venda y un bozal. Y no hablo solo del terreno sexual, sino del día a día.

Podría seguir enumerando las «virtudes» de Finley; no obstante, por hoy ya vale.

Por eso ahora estoy aquí, tras ver la luz y soportar un periplo de doce meses largos desde que abandoné a Finley sin escuchar ni una de sus mentiras, sin creerme sus justificaciones y sin mirar atrás.

Lo primero que hice al poner un pie en España fue llamar a mis padres y averiguar si el taimado de mi marido ya los había advertido de mi huida. Finley es hábil (se gana la vida con ello) tergiversando cualquier argumento hasta que le sea beneficioso. Es un maestro en ese campo. Por suerte no molestó a mis padres ni a mi hermano, que siguen en el pequeño pueblecito donde me crie hasta que fui a la universidad. De ahí que descartara la idea de volver a casa y esconderme en Pardueles. Más que nada por dejar al margen a mi familia, que bastantes sacrificios hicieron ya para que yo pudiera estudiar una carrera en la capital. Y no quiero que bajo ningún concepto aproveche esa debilidad y los ponga en mi contra. Mis padres creen que es el yerno perfecto y mi hermano lo adora; por eso les he mentado diciéndoles que todo va genial entre nosotros y que en cuanto pueda iré a visitarlos.

Como estoy segura de que Finley ha accedido a los mensajes de mi teléfono (tiene en nómina a los mejores *hackers* y, pese a que compré uno nuevo aquí de prepago, eso no es obstáculo), los dejaré tranquilos. Yo me siento una mierda al fingir que todo va bien porque me gustaría ir a Pardueles y respirar tranquilidad.

Por eso he sobrevivido este año trabajando en empleos con sueldos de miseria, como por ejemplo de reponedora en un supermercado o como camarera en un búrguer. Empleos en los que duraba con un poco de suerte tres semanas porque «misteriosamente» los encargados recibían malas y anónimas opiniones sobre mí.

Traducido: duraba en el puesto lo que las garras de Finley tardaban en encontrarme y ejecutar sus deseos.

Solo hay una cosa que de momento me ha mantenido con vida. Un salvoconducto que, por desgracia, a medida que pasan los días pierde validez. Y es que, antes de largarme con lo puesto de Manhattan, tras descubrir quién era de verdad y a qué se dedica Finley,

pude hacer tres copias de todos sus archivos. Tres memorias UBS de las cuales él, con sus tentáculos, ha logrado recuperar dos.

La tercera la escondí en el único lugar donde creo que jamás mirará, y soy consciente de que quiere recuperarla a toda costa y por eso ha accedido finalmente a reunirse conmigo.

Tonta no soy y menos tras conocer sus métodos. Primero intentó hacerme creer que era mejor estar separados, para protegerme. Incluso recibí obsequios. Era chocante llegar a la buhardilla cochambrosa y ver a un repartidor entregarme una suculenta cesta provista de artículos gourmet. O peor aún, en el trabajo encontrarme un centro de flores valorado en casi mil euros con una nota afectuosa.

Después, al ver que no surtía efecto, pasó a la intimidación. Despidos fulminantes en los empleos que conseguía (por suerte hay muchos puestos vacantes como esclava en la hostelería como para preocuparme) y allanamiento de morada. Si Finley o sus secuaces querían acceder a mi buhardilla tampoco tenían que esforzarse demasiado, pues la puerta apenas cierra con una vuelta y el cerrojo es de antes de la guerra y eso para su organización, acostumbrada a colarse en lugares protegidos con los últimos sistemas de seguridad, es pan comido.

Por supuesto esa tercera memoria USB no está en esa buhardilla. Solo hay algo que me da realmente miedo, y es que un día sea la policía y no los tipos que trabajan para mi marido quienes se presenten con una orden de registro, porque en ese caso sin duda encontrarán en el desvencijado armario cualquier sustancia ilegal y en suficiente cantidad como para meterme entre rejas. Por eso apenas tengo ropa y objetos, para limpiar con rapidez los estantes, revisarlos y asegurarme de que no hay nada. Incluso levanto la tapa de la cisterna para ver si hay algo dentro. Hasta ahí llega mi paranoia.

De hecho, cuando escapé de él, subí al avión siguiendo sus instrucciones (para despistar, obviamente) con una pequeña bolsa de viaje en la que solo llevaba algo de ropa y un poco de dinero, para tener siempre visible el equipaje y no encontrarme una desagradable sorpresa al pasar por el control de aduanas (algo que nunca hacía cuando viajábamos juntos, pues utilizábamos vuelos privados que escapan a ese control), por si los secuaces de Finley sospechaban y decidían actuar.

Durante todo este tiempo ha conocido mis movimientos y mi ubicación. Me he sentido observada, pero no ha sido capaz de doblegarme y todo por la información que tengo de él, de sus actividades, que, de salir a la luz, comprometerían a mucha gente importante.

Porque a eso se dedica Finley (o como quiera que se llame en realidad): a salvar el culo a millonarios de todo el mundo que se pasan por el forro las leyes, nacionales e internacionales, y necesitan limpiar su mierda... sin importarles ninguna consideración ética. Y no solo a millonarios, sino a empresas e incluso a gobiernos. Por desgracia, mi salvoconducto pierde efectividad a medida que pasa el tiempo, ya que la información que contiene sobre actividades ilícitas y maniobras de dudosa ética puede quedar desfasada y los delitos que contiene, prescribir.

Miro a mi abogado, él no sabe de la misa la media sobre esto. Solo le conté que quería divorciarme y le pedí que tramitara los papeles. Él insistió, tras conocer el estado financiero de Finley, en que solicitáramos un buen pellizco; sin embargo, yo solo le pido una cantidad irrisoria para su cuenta bancaria. Quiero regresar a mi pueblo e instalarme allí, montar un pequeño negocio. Estudié Relaciones Internacionales con el ingenuo objetivo de acceder después a la carrera diplomática, pues me apasionaba la idea de viajar, pero ya no soy la Siena ilusa que se casó con veinticuatro años, sino una mujer en mitad de la treintena que ha aprendido la lección.

—Ha llegado —me informa el abogado acercándose.

Es un tipo muy profesional. Peina canas aunque mantiene su atractivo. Es de la vieja escuela. No me ha contado milongas y se ha limitado a hacer su trabajo. Es muy caro, pero curiosamente ha accedido a cobrar una cantidad que me parece más bien simbólica cuando el divorcio sea firme y yo reciba el dinero de Finley. ¿Por qué ha hecho esa excepción conmigo?

Supongo que es gracias a su mujer, Eliza. La conocí en una asociación que ayuda a mujeres como yo, sin un céntimo y que quieren salir adelante. Cuando me presentó a Gael, la primera impresión que tuve fue «con este no se mete nadie». Y así ha sido, porque mi marido ha utilizado todos sus recursos para dilatar el proceso, incluso solicitando que la vista por el divorcio no se celebrara en España, sino en Estados Unidos, sabiendo de antemano que allí me

sería imposible pagar asesoramiento legal. Menos mal que Gael consiguió evitarlo gracias a que el matrimonio se llevó a cabo aquí.

Trago saliva. Voy a verlo porque anunció que vendría en persona. En las anteriores ocasiones enviaba a algún representante legal gilipollas, literalmente, porque en contra de todo buen juicio se presentaban chavales recién salidos de la facultad que, aparte de no saber hacer la o con un canuto, entorpecían el proceso.

—No tienes por qué decir nada —me recuerda, pues ha redactado el acuerdo y, si todo discurre con normalidad, firmaremos y listo.

—Lo intentaré —prometo en voz baja.

—Siena, de verdad, relájate. Ya no puede hacerte más daño.

Gael me ofrece una sonrisa discreta y comprensiva. Desde que lo conozco, rara vez finge diciendo o haciendo algo para que me sienta mejor. Es brutalmente sincero. Y si bien a veces una agradece un poco de empatía, creo que en este caso merece la pena ser realista y ponerse en lo peor.

—Eso quisiera creer —contesto, porque nadie sabe de lo que es capaz Finley; solo yo.

Salimos de su despacho y me acompaña hasta una sala de reuniones bastante amplia... y agradezco el detalle, pues me sentiría incómoda si tuviera que compartir un espacio pequeño con Finley. Así al menos podré mantener una distancia.

Gael me indica que me siente a su izquierda. Deja delante de nosotros, sobre la mesa, el acuerdo que ha negociado y que espero que suponga el final de mi matrimonio. No ha sido fácil porque Finley, como ya he dicho, ha entorpecido todo el proceso con sus triquiñuelas. Pero, y no soy capaz de sospechar el motivo, ahora ha aceptado firmar el divorcio, o eso espero. Sigo desconfiando.

Seguro que existe un motivo oculto que lo beneficia, por supuesto, y aunque quisiera saber cuál es, con tal de acabar, optaré por no preguntar.

Llaman a la puerta y el secretario de Gael nos indica que el señor Tremair y su abogado ya están aquí.

El primero en aparecer es Steven y tengo que hacer enormes esfuerzos para no vomitar. Tras él, Finley, con su aspecto más pulcro. Tiene la imagen del típico cuarentón que se conserva estupendamente y viste acorde con su edad, con un toque moderno pero

sin exagerar. Y así es, el muy cabrón lleva el mismo atuendo que usó en el último aniversario que celebramos juntos, el noveno. Traje azul de raya diplomática, camisa blanca y la corbata azul salpicada de pequeñas calaveras rojas con sus correspondientes tibias cruzadas —imitación de la bandera pirata— que le regalé aquel mismo día... y con la que después me ató al taburete de la cocina para, acto seguido, darse un festín entre mis piernas.

—Buenos días —los saluda Gael y, como cortesía, se acerca a ellos para estrecharles la mano e indicarles que tomen asiento al otro lado de la mesa.

Finley me mira y mantiene una expresión neutra. Sabe acojonar sin decir ni pío y no duda en hacerlo. A duras penas le sostengo la mirada. Sé qué pretende; para empezar, intimidarme, y está a un paso de lograrlo sobre todo porque yo, debido a mi precaria situación económica, llevo ropa barata, hace meses que no piso una peluquería y he perdido bastante peso. En cambio, él va hecho un figurín y, si bien yo sé que tiene alguna que otra cana, en su pelo trigüeño apenas se notan.

—Buenos días, señora Tremair —me saluda el cabrón de Steven, el abogado, confidente y tapadera de Finley.

—Es España, aquí las mujeres mantienen su apellido tras la boda —murmura Gael sin dirigirse a nadie en particular, pues está más atento a los papeles que tiene delante.

—Al casarse con mi cliente, obtuvo la nacionalidad americana.

Ganas de gritar «¡Métetela por el culo!» no me faltan, pero, siguiendo el consejo de mi abogado, me morderé la lengua.

—Dentro de unos minutos eso será irrelevante —añade Gael.

—¿No quiere mantenerla? —me pregunta Steven extrañado.

Es un supremacista asqueroso que se cree el rey del universo por ser blanco, protestante y estadounidense. La de veces que he discutido con él y la de veces que se ha referido a mí como «mujer latina» en tono despectivo.

—No —digo alto y claro.

Finley, que aún no ha abierto el pico, le hace un gesto para que no insista en ese punto.

Hay una diferencia palpable entre los dos tipos. Si fueran ladrones, Finley sería el de guante blanco; el elegante y seductor que te

embaucaría con halagos, sonrisas y demás gestos galantes hasta desplumarte... y te darías cuenta de ello horas después de que lo hubiera hecho. En cambio, Steven sería el marrullero, el que no dudaría en amenazarte con una pistola para robarte las vueltas del pan. De hecho, es un supremacista asqueroso que presume de ir armado.

—Tal y como hemos negociado —Gael les da una copia del acuerdo que apenas ocupa dos folios, ya que mis pretensiones son mínimas—, aquí están redactadas las cláusulas. En español e inglés, para evitar conflictos.

Finley sigue mirándome, callado, sin hacer ningún gesto que delate su estado de ánimo. Claro, hoy se ha traído a su perro de presa para que se ensucie en el barro y haga el trabajo desagradable.

Con una clara actitud indolente, Steven recoge las copias, las examina por encima y con esa cara de cerdo que tiene, dice:

—Mi cliente firmará... —hace una pausa, me mira con cara de tener un maldito as en la manga y añade— pero con una condición.

—Ya estaba tardando —mascullo, y Gael me hace un gesto para que mantenga la calma.

—¿Ha encontrado algo en el documento que no concuerde con lo pactado? —pregunta mi abogado con tranquilidad.

—No, todo parece adecuarse a nuestros intereses —replica con un aire de superioridad que en mi opinión debería meterse por el culo.

—¿Entonces?

—El señor Tremair firmará el divorcio si la señora Tremair acepta reunirse con él, a solas.

—No quiero ser la señora Tremair —refunfuño, y a duras penas mantengo la calma que Gael me pide con gestos una y otra vez.

—Una reunión —repite Steven disfrutando ante mi cabreo contenido.

—¡¿Perdón?! —estallo sin poder contenerme más pese a los esfuerzos.

Miro a Finley. Él, que ha permanecido callado y reclinado en su silla, se echa hacia delante, apoya los codos en la mesa, adopta esa pose de negociador que va con buen talante pero que te joderá viva en cuanto te descuides, y me responde:

—A solas, tú y yo.

Ha sonado tan asquerosamente seductor que, si no lo conociera, ya me hubiera embaucado.

—No —reitero.

—Pues me temo que esta reunión se acaba aquí —sentencia Steven y se nota que, con tal de joder la marrana, es capaz de cualquier cosa, e incluso de disfrutarlo. Es un tipo retorcido y rastrero... algo que ya sabía, no me sorprende; ahora bien, me cabrea porque intuía que de nuevo vamos a enzarzarnos en disputas absurdas y esto no acabará nunca.

—¿Nos permiten un instante? —tercia Gael, que se pone en pie instándome a que lo siga.

Abandonamos la sala y, cuando estoy segura de que no pueden oírnos, exploto.

—Hijo de puta manipulador. ¡Lo sabía! ¡Es que lo sabía! —me desahogo como puedo porque dar puñetazos a la pared queda feo.

—Escucha... —Gael habla en voz baja.

—No, se acabó. Ese desgraciado no va a seguir saliéndose con la suya.

—Una hora, aquí mismo, sin darle tiempo a que busque otro escenario —propone.

—¿Qué?

—Algo me dice que su intención no es otra que sacarte de quicio. Quiere que te enrabieses y lo mandes a paseo. Eso le proporcionará la excusa perfecta para largarse y dilatar el proceso —me explica Gael manteniendo la calma, lo cual agradezco porque yo estoy muy alterada.

—Es que... no puedo, de verdad que no —me lamento, e inspiro hondo un par de veces.

—Lo más probable es que haya preparado por adelantado la jugada. Si te niegas, se marchará y, si le dices que sí, te propondrá veros en unos días.

—Así es Finley —comento.

—De ahí que devolverle la pelota sea lo mejor. Él no espera que tú asumas el control, por eso debes hacer una contraoferta y marcar tú los términos. ¿Quiere reunirse a solas contigo? Perfecto, dale lo que quiere y déjalo sin excusas.

Suspiro.

—Joder...

—Será aquí, en una de las salas del bufete. Le garantizaré la privacidad y controlaré el tiempo. Si tú decides poner fin a la entrevista antes, solo tendrás que abrir la puerta y listo.

Sopeso la recomendación de Gael. Es sensatez en estado puro y admito que, en estos momentos en los que mi lado más visceral quiere tomar el control para patalear, gritar e insultar, viene estupidamente un poco de cordura. Mi abogado tiene razón, Finley espera que yo me comporte como una inmadura histérica y así poder largarse de rositas.

Y otro año de intimidación, miedo e incertidumbre.

—De acuerdo —acepto, y no me santiguo porque hace mucho que perdí la fe.